

que atento la considerase, diria que era la esposa de Jesucristo. Los templos, casas de Dios, ni aun casas de hombres parecian: servian de lo que entre nosotros las eras, y lo que aun es mas escandaloso, para bailes, máscaras, ludibrios: desamparados de sus ministros é indecentes, mas parecia que se habian erigido para desprecio de Dios, que para adorarle en ellos. Los ministros de la Iglesia solo lo eran en el nombre; pues ni en las vestiduras, ni en las acciones, ni en las costumbres lo parecian. Andaban vestidos como los seculares, y armados como ellos: las insolencias y las cuchilladas eran muy frecuentes; y así con las manos torpemente manchadas de humana sangre, se atrevian á ofrecer á Dios la hostia incruenta. Vivian públicamente amancebados, sin horrorizarse de tratar en el augusto sacramento á Jesucristo vivo y purísimo con sus abominables y torpísimas manos: siendo su cuerpo, por la frecuente comunión, como uno mismo con el del Hijo de Dios, se atrevió, como se lamenta san Pablo, á hacer de los miembros de Cristo miembros del pecado (1). Habia párrocos que ni la forma de la absolucion sabian; y párrocos que estaban persuadidos á que no debian confesar sus propios pecados, porque absolvian de los ajenos; y siendo tan ciegos los que guiaban. ¿en qué precipicios no darian los que de ellos se dejaban guiar? Hallaríais hombres ancianos que jamas se habian confesado, ignorantes de lo que era este sacramento: muchos aun persignarse no sabian. ¡Qué agreste tierra, qué inculta habitacion de fieras! Ochenta años habia faltado pastor á estas ovejas. ¡Qué estrago no seria el que habian hecho los lobos: lobos que nunca duermen, y lobos que no se cansan!

Peró grande es el poder de Dios y el mérito de san Carlos. Esta tierra áspera, esta viña silvestre, cultivada por este grande obrero del Señor, ¡qué suaves, qué hermosos, qué sazonados frutos produjo en poco tiempo! El culto de los templos, la decencia de sus ministros, las sagradas ceremonias, el servicio de los altares, el aseo, la pompa, la magnificencia y decoro, todo respiraba la grandeza del Dios que habitaba en ellos corporalmente. Venian de países distantes los obispos á vivir muchos dias con san Carlos: decian lo que la reina Sabá al ver el deco-

(1) *Corpora vestra membra sunt Christi: tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis. I. Cor. c. 6. v. 15.*

ro y magnificencia del rey Salomon. Baste decir que la iglesia de Milan vino á ser el modelo, la norma y el ejemplar de todas las demas iglesias.

Para esto estimó san Carlos toda su grandeza: era para el culto de Dios rico, magnánimo, caballero, y príncipe de la Iglesia: para la reforma de las costumbres se consideraba arzobispo, legado del papa, cardenal, y venerado en todo el orbe cristiano. Fundó seis seminarios en diversos lugares del arzobispado, en los que segun su espíritu se criasen eclesiásticos dignos de servir al Santo de los santos. Fundó la congregacion de los oblatos, hombres que se ofrecen al prelado voluntariamente para ayudarle en las largas misiones, en las visitas de la diócesis, ó en la falta de los párrocos. El solo se opuso como muro de la casa de Israel contra casi todo el mundo que el infierno habia conjurado; y su celo, su autoridad y su trabajo fueron suficientes á vencer y arrancar de raíz las costumbres antiguas y pésimas.

No temia los peligros ni la misma muerte; porque la ilustre sangre que le corria por las venas, y que sus mayores habian ofrecido gloriosamente por la patria y por los reyes, la ofrecia él con el mayor gusto por la casa de Dios. En su oratorio mientras estaba el santo en oracion, se oye un tiro repentino, que dispararon contra él; se atemoriza la familia, cae el santo en tierra con el impulso de las balas: mas volviendo luego á su anterior compostura, manda que ninguno se mueva á seguir ó examinar el delincuente, y que se sosieguen los criados, continuando como ántes su oracion. Mas ya vienen sus canónigos airados contra el santo prelado: ya vienen escandalosamente armados, sacan las espadas, acometen al santo, descargan golpes sacrilegos sobre la cruz arzobispal: san Carlos es el mismo que ántes era: continúa intrépido la reforma, y no desiste de la empresa.

Mas no cabia tanto celo en un hombre solo: dispuso Dios que como de otro Moises se repartiese y derramase su espíritu por otros muchos. Introdujo de nuevo algunas órdenes religiosas, y reformó otras, que por la miseria de los tiempos estaban relajadas; y todos sus individuos, animados con su espíritu y ejemplo, hacian dura guerra al infierno. Predicaba no solo por sus ministros, sino por sí mismo; y sus palabras llenas de celo, de espíritu, y de aquel respeto que infundia la autoridad de

su persona, compungian, movian y arrastraban los corazones : todo predicaba en san Carlos, predicaba su lengua , predicaba su persona, y predicaba su ejemplo. ¡ O mil veces dichosa iglesia de Milan ! Feliz mil veces con un arzobispo tan celoso : venturosos siglos, los que merecieron honrarse con tan gran prelado. Alabemos la altísima providencia del Señor, que en aquellos calamitosos tiempos dió al mundo un hombre semejante, que sirviese de remedio á la corrupcion casi general que se habia por todas partes difundido. No solo la Iglesia de Milan, sino la universal Iglesia, ¡ ó piadosísimo Dios ! postrada delante de vuestros altares os da gracias por haberla concedido en san Carlos un santo á quien se debe la destruccion de las herejías, la reforma de las costumbres, la decencia de los ministros, y la perfeccion de la disciplina que hoy goza.

Cuando esto digo, católicos, tengo puestos los ojos en el sagrado concilio de Trento : en aquel concilio que restituyó á la Iglesia la paz y serenidad. Bien sabeis que la nave de san Pedro se hallaba en aquellos tiempos fluctuando entre las olas, como en una oscura y tempestuosa noche : los luteranos, los calvinistas, los socinianos, los zuinglistas, y toda la multitud de víboras que los abismos habian vomitado sobre la faz de la tierra, habian envenenado ya á Alemania, á Hungría, á Inglaterra, á Suecia, á Dinamarca, á gran parte de Francia, é iban entrando por la Italia : todo era confusion : todo atrevimiento en los herejes, todo recelo y peligros en los concilios. El con cilio habia enpezado muchos años ántes, y como no se concluía, estaba sin vigor y sin efecto : el mal se difundia, y no se remediaba ; pero ¡ bendito sea Dios ! acudió san Carlos, persuadió, instó, hizo resolver al pontífice, para que le hiciese concluir : los herejes se oponian, los príncipes se interesaban, contradecian los demonios, y á cada paso se ofrecian insuperables dificultades. Temian el daño, recelaban el golpe, y hacian por evitarle . Por último cometió el papa á san Carlos todo el negocio del concilio, y el santo le hizo concluir, publicar y ejecutar.

Se mordian con esto llenos de rabia los torpes y furiosos monstruos de la herejía : andaban fugitivos y avergonzados, porque la ley de Dios manifestada en este santo concilio descubrió claramente su torpe y enorme falsedad. Ponian en tierra la atrevida boca que habian abierto sacrílegos contra el cielo, y la palabra de Dios manifestada en este sagrado congreso los

hizo enmudecer. Pero quéjense de san Carlos, que fué el que los causó tan grave ruina : quéjense del santo, que á este confiesa la universal Iglesia que debe los mayores y mas gloriosos triunfos que logró en aquellos tiempos de los herejes, de los vicios y de los abusos : triunfó del mundo, del pecado y del infierno todo, que se habian conjurado contra ella. Veis aquí en lo que empleó san Carlos su valimiento, su poder y su grandeza. Veis aquí el fin para que Dios hizo al santo tan poderoso.

Pero justo es que hagais sobre vosotros mismos una prudente reflexion. Las obras de Dios, oyentes míos, todas son santas, todas son justas y prudentes. Siempre tiene algun fin cuando reparte los talentos ; y si Dios os hizo grandes, no es para vosotros esa grandeza, es para Dios, y la debeis emplear para su servicio. Si creeis que los bienes que poseeis os vinieron de la tierra, empleadlos en la tierra ; pero si como católicos confesais que os vinieron de Dios, empleadlos en Dios. Lo que Dios os ha dado en esta vida no es premio, pues no es tiempo todavía sino de merecer : os lo dió para tener con que negociar la vida eterna : quiere Dios ver la diligencia que poneis en servirle. Y á vista de un san Carlos, ¿ qué disculpa podrán tener vuestra negligencia y pereza ?

Nosotros, me respondereis, somos personas humildes y pobres : no nos ha fiado Dios los talentos de san Carlos ; y faltos de talentos, ¿ cómo hemos de mostrar nuestra diligencia ? ¿ qué es lo que hemos de emplear en el servicio de Dios ? Os engañais, fieles, porque el gran Padre de familias con todos ha repartido de sus bienes : esta misma pobreza, ¡ ó qué grande talento es, y cuánto bien de Dios ! Si teneis enfermedades, aun es mayor beneficio : si gozais prosperidad, es merced de Dios : si padecéis mortificaciones, todavía es mayor merced : si no lo creéis, decidme ¿ habia Dios de ser liberal con los enemigos, y escaso con los amigos ? ¿ Será liberal con los herejes, ricos, abundantes, poderosos, y escaso con los santos que vivieron pobres, perseguidos, afligidos y humildes ? Luego las prosperidades son dones del cielo, y beneficios de Dios. Pero aun son mayor beneficio los trabajos : estos son los talentos mas útiles, y los que suelen dar mayor lucro con la diligencia de los siervos ; porque el talento de las riquezas, honras y poder, por lo regular es desgraciado é inútil : es un talento con que solamente un siervo como san Carlos sabe lucrar.

Avergonzaos á vista del grande siervo que veneramos en este dia, confundios al verle con tantas dificultades para servir á Dios, y cómo las vence, y muestra ser siervo fiel; cuando vosotros sin tantos impedimentos os entorpeceis en el ocio, y sois siervos inútiles: animaos, pues, y sirvaos de ejemplar san Carlos Borromeo: si fué viviendo en el mundo protector de nuestro reino, ¿por qué ahora viviendo en el cielo no lo ha de ser de los que procuren imitarle?

¡O Carlos, siervo fidelísimo! aun en la gloria podeis lucrar para Dios con vuestra grandeza: aun allá podeis hacer útil para Dios vuestra dignidad: todavía sois nuestro protector, emplead esta dignidad en alcanzar de Dios que nos haga buenos siervos acá en la tierra, para que logremos gozar despues de su liberalidad en el cielo. Amen.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN CÁRLOS BORROMEIO,

ARZOBISPO DE MILAN.

(DE TRONCOSO.)

Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum.

Hé aquí un gran sacerdote que durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor, y en sus tiempos fué el restaurador del templo.

Eclesiástic. c. 50. v. 1.

Si hubo jamas un héroe á quien pudiesen aplicarse en toda su verdad las palabras con que el autor del libro del Eclesiástico traza el elogio del grande hijo de Onías, es sin duda el santo cuya festividad celebra hoy la iglesia nuestra madre. ¡Carlos Borromeo! Hé aquí un nombre que despierta desde luego las ideas mas sublimes de virtud, de santidad y de celo por la gloria de Dios y de su inmaculada esposa. Recordar su memoria es lo mismo que renovar todo cuanto de mas honroso puede haber en el sacerdocio católico, es decir, cuanto de mas admirable decirse puede en elogio de esa tribu escogida para ser el sosten del grandioso edificio que Jesucristo fundára en la tierra, para depositar en él su verdad y su doctrina; es pintar, en una palabra, al gran sacerdote que admirado contempló el siglo XVI, que reuniendo en su persona las mas brillantes cualidades, no solo sirvió al Señor con toda fidelidad siendo el ejemplar vivo de sus contemporáneos, sino que, destinado al ministerio de los altares, hizo renacer la antigua disciplina de